

ejemplo. Si en efecto se le estrechaba, resuelto estaba á decir formalmente que nunca cerraria sus puertos á los que él llamaba neutrales y Napoleon llamaba ingleses, y temia que una declaracion tan plana produjera una instantánea ruptura. La guerra, que Napoleon deseaba á un año de distancia, la preveia él tambien para igual fecha, y preferiala mas diferida que inmediata. Por esto se atenia á una extremada reserva, afirmando sinceramente que deseaba la paz, y ofreciendo en prueba que desarmaria al instante, si Napoleon desarmaba, y declarando que el agravio resultante del despojo del príncipe de Oldenburgo no constituia un asunto urgente; que esperaba una indemnizacion, pero no exigiéndola al punto; que sabia tener espera, y que obrando así no entendia reservarse un agravio, pues sin vacilaciones manifestaba que por este motivo no haria la guerra (1).

En situacion tan delicada y grave, se hubieran necesitado muchos cuidados, muchos miramientos para evitar la guerra, al par que una sola palabra imprudente bastaba para hacerla inevitable y aun quizá inmediata; y con el carácter bullicioso de Napoleon y especialmente con la osadía de su lenguaje, era de temer que se le escapase esta palabra.

El 15 de agosto, día de su santo y de gran recepcion, tuvo córte. Como se le reconocia pronto á decir lo que tenia en el corazón, se le seguía, se

(1) Todo esto lo refiero á tenor de documentos de tanta autenticidad como las cartas de Mr. de Lauriston, de Napoleon, del mariscal Davout, etc., de consiguiente se pueden considerar estos pormenores, no como conjeturas, sino como certidumbres absolutas.

le escuchaba para recoger cualquier palabra concerniente á la importante cuestion del momento. Este día se hallaba de buen temple, jovial, verboso. Su soberbio rostro estaba radiante de buen humor, de perspicacia, y hubiera atraído á hombres menos curiosos, menos interesados en oírle que los que le rodeaban. Ya habia partido la mayor parte de los convidados, y solo quedaban en torno suyo los embajadores de Rusia y Austria, príncipes Kourakin y de Schwarzenberg, los embajadores de España y Nápoles, y uno ó dos de esos ministros de las pequeñas córtes alemanas, siempre en acecho para saber lo que preparan los gigantes que tienen costumbre de hollarlos con sus plantas (1). Seguido de estos personajes, yendo, vinien-

(1) Tambien aqui habló en vista de los documentos mas seguros. Hago poco caso de los discursos inventados, y todavia menos de las conversaciones supuestas, mas inverosímiles que los discursos, porque son mas difíciles de recoger y de trasmitir. Pero la conversacion de que doy cuenta, así como dos ó tres de Napoleon, que ya he reproducido, fué cogida por muchos testigos, por el embajador de Austria, por el ministro de Wurtemberg, y repetida por Napoleon á Mr. de Bassano, para que la comunicase á todas las córtes. Estas tres versiones, de las cuales ninguna contradice las otras dos absolutamente, pero que se completan, reproduciendo una lo descuidado por otra, son los documentos de que me he servido, para compendiar, por supuesto, esta conversacion curiosa. Solo la forma me pertenece, y aun así he puesto el esmero en reproducir el carácter exacto del lenguaje de Napoleon en lo posible. He estado en mi derecho de historiador, pues necesidad del arte es recoger lo que merece la pena y compendiarlo, pues de otro modo una historia sería tan larga de leer como lo fué de consumarse, y se necesitarian veinte años para leer lo que duró igual tiempo.

do, discurriendo sobre todo, Napoleón dijo al embajador de España que la estación era mala en su país para las operaciones militares, que nada podía marchar á la sazón de prisa, pero que, llegado el otoño, aceleraría los sucesos, y envolvería á paso rápido á españoles, portugueses é ingleses. Tornándose de seguida al príncipe Kourakin, habló de un despacho inventado por los ingleses, despacho muy arrogante y como dirigido por Francia á Rusia, y dijo que no tenía verosimilitud de ninguna especie; á lo cual el príncipe Kourakin repuso que efectivamente era inverosímil de todo punto, pues jamás Rusia hubiera podido recibir despacho semejante. Sonrióse Napoleón con dulzura al notar este arranque de orgullo del príncipe Kourakin, y luego, para vengarse algún tanto, hizo rodar la conversación sobre los sucesos de Turquía, acerca de los cuales había mucho que decir realmente. Durante la última campaña habían quedado los rusos dueños de todas las plazas del Danubio desde Widin hasta el mar Negro; menos felices este año, no habían podido cruzar el Danubio; teniendo además cerca de Rutschuk un encuentro, que ellos decían haberles sido ventajoso, al par que los turcos lo celebraban por favorable á sus armas, y de cuyas resultas estos habían entrado en Rutschuk positivamente. No cabía duda en que las divisiones retiradas de allí habían hecho falta á los rusos. Interpretando el príncipe Kourakin las cosas á su modo, procuraba paliar las desventajas de la campaña, y naturalmente encomiaba sobremanera la bizarría del soldado ruso. Durante estas explicaciones miraba Napoleón al príncipe de Kourakin con extremada malicia, y complaciase en ver á es-

te personaje, cuya rectitud de espíritu no igualaba á la de su cuerpo, embarazado en sus relatos, y no sabiendo cómo salir de ellos. Si, si, le dijo, vuestros soldados son muy valerosos; nosotros los franceses, no tenemos inconveniente en confesarlo: sin embargo, vuestros generales no valen lo que vuestros soldados. Imposible es disimular que han maniobrado inhábilmente. Es una gran dificultad la de tener que defender una línea tan larga como la del Danubio desde Widin hasta el mar Negro. Además no se puede disputar la orilla de un río sino siendo dueño de trasladarse á la otra, teniendo gran número de puentes y cabezas de puente, porque el verdadero arte de defenderse consiste en saber atacar. Vuestros generales han obrado contra todas las reglas. Aquí, hablando Napoleón de la guerra tan perfectamente como la hacía, tuvo por largo tiempo á sus oyentes atentos y maravillados. Queriendo el príncipe Kourakin excusar á los generales rusos, dijo que les habían faltado las fuerzas, por la necesidad de alejar parte de ellas del teatro de las hostilidades, y penetrado de la torpeza que cometía, añadió que la situación rentística del imperio lo había exigido así. Napoleón se sonrió al punto de la torpeza de su interlocutor, y continuando en burlarse de él con tanto talento como donaire, le dijo: Vuestra situación rentística os ha obligado á alejaros del Danubio.... ¿Estáis muy seguro de ello?... Siendo así, habeis hecho una operación rentística muy mala. Generalmente conviene enviar al territorio enemigo todas las tropas, cuyo sostenimiento es muy gravoso. De esta manera lo hago yo y mi tesoro está desahogado. Luego de repente, y sin dejar el

tono de benevolencia que habia tomado en esta conversacion, pero con la petulancia del que no sabe contenerse, dijo Napoleon al príncipe Kourakin. Vaya, príncipe, ¿hablamos formalmente? ¿Estamos dictando aquí despachos, ó escribiendo para los periódicos? Si así es, convendré con vos en que vuestros generales han salido constantemente victoriosos, en que la mala situacion de vuestra hacienda os ha obligado á retirar parte de vuestras tropas, que vivian á expensas de los turcos, para hacerlas vivir á costa del tesoro de Rusia, concederé todo esto; pero si hablamos con lisura delante de tres ó cuatro de vuestros colegas, que lo saben todo, diré que habeis sido batidos, muy batidos; que por culpa vuestra habeis perdido la línea del Danubio; que ha sucedido así, menos por error de vuestros generales, aunque hayan maniobrado mal, que por error de vuestro gobierno, el cual les quitó las fuerzas de que tenian necesidad indispensable, trasladando del Danubio al Dnieper cinco divisiones ¿y para qué? Para armarse en contra de mi persona, que soy vuestro aliado, segun decís; en contra de mi persona, que no queria haceros la guerra, y que hoy no quiero hacéroslo todavía. Habeis cometido faltas sobre faltas. Si yo os inspiraba alguna inquietud, menester era que os explicárais; y en todo caso, lejos de llevar á otra parte vuestras fuerzas, habia necesidad de acumularlas contra Turquía, abrumarla y arrancarle la paz, bastando una sola campaña para obtenerla tan ventajosa como la de Finlandia, y tiempo os quedaba de tomar precauciones en contra mia. Pero política, rentística, militarmente, no habeis hecho cosa acertada.... ¿Y todo esto por qué? Por el príncipe de

Oldenburgo, por algunos contrabandistas.... Por gentes como estas os exponéis á una guerra conmigo. Y sin embargo, bien sabeis que tengo seiscientos mil hombres que oponeros, que tengo cuatrocientos mil en España, que sé mi oficio, que no me habeis vencido hasta ahora, y Dios mediante, espero que no me vencereis nunca.... Pero preferís dar oídos á los ingleses, quienes os dicen que quiero haceros la guerra; preferís contemplar á algunos contrabandistas, á quienes enriquecen vuestras providencias comerciales, y os dedicais á hacer armamentos; obligado estoy yo tambien á armarme, y hénos aquí frente á frente, prontos á empezar de nuevo.... os pareceis á una liebre que, habiendo recibido una perdigonada en la cola, se endereza sobre sus patas para mirar, y se expone así á recibirla en la cabeza.... Yo soy desconfiado como el hombre de la naturaleza.... observo... veo que se dirigen hácia mí, desconfío, requiero mis armas.... Y sin embargo, es menester que esta situacion acabe. Expresándose Napoleon con volubilidad extremada, sin dejar espacio para que su interlocutor le replicase, bien que no cesando tampoco de mostrarse benévolo y hasta amigable en el tono, dió aquí un momento al príncipe Kourakin para que le respondiese. A éste, que tenia poca memoria, escaso conocimiento de los hechos, aunque no careciese de sutileza ni de costumbre de tratar los grandes negocios, no le ocurrió traer á la memoria de Napoleon que, en la serie de los aprestos militares, Francia habia precedido á Rusia, y se confundió en protestas de amistad y adhesion, afirmando que aun se hallaban en los mismos buenos términos que en Tilsit, y que si alguien se debia

hacer de nuevas era Rusia, que no habia dejado de ser fiel á la alianza; que le habia debido afectar mucho la conducta usada respecto del príncipe de Oldenburgo, como pariente cercano del emperador y á quien era muy adicta la corte de Rusia; que nada se podia hacer que hiriese mas al emperador Alejandro que tocar á los estados de este príncipe; que á mayor abundamiento en este asunto se habia limitado Rusia á expresar quejas y reservas.... ¡Reservas, interrumpió Napoleon, reservas! Mas bien habeis hecho una protesta en forma, (y era verdad), me habeis denunciado ante Alemania, ante la Confederacion del Rhin, como un expoliador.... No sabeis que vuestro príncipe de Oldenburgo era un gran hacedor de contrabando, que faltaba á vuestros tratados con vosotros y conmigo; que violaba el pacto que liga á los miembros de la Confederacion del Rhin unos con otros; que segun el antiguo derecho germánico hubiera podido hacerle comparecer en mi tribunal, ponerle fuera de la ley del imperio y destituirle, sin que me hubiérais tenido que decir nada. En lugar de esto me he anticipado á vosotros; os he ofrecido una indemnizacion.... Al decirlo asi Napoleon se sonreia como sino tomase estas palabras en serio, y parecia querer declarar que habia obrado mas listamente. Despues añadió en tono de sentimiento y de dulzura. Convengo en que, si hubiera sabido cuanto estimábais al príncipe de Oldenburgo, mi proceder fuera otro, pero ignoraba el grande interés que os inspira. ¿Cómo remediarlo ahora? ¿Os restituiria el territorio de Oldenburgo todo cargado de mis aduaneros, pues de otro modo no habia de restituirlo? No lo querriais de tal manera.... En

Polonia no os daré nada.... nada.... Y Napoleon pronunció esta frase con un acento que probaba que Alejandro tenia razon en no querer suministrar esta arma en su contra.... ¿Dónde tomaríamos, pues, la indemnizacion?... Pero eso no importa; hablad y procuraré satisfaceros... ¿Por qué habeis dejado partir á Mr. de Nesselrode en semejante coyuntura?... (Con efecto, Mr. de Nesselrode, principal director de los negocios de la legacion, acababa de marchar de Paris). Menester es que vuestro soberano envíe á él ó á otro con poder bastante para explicarse y celebrar un convenio que abrace todos vuestros agravios y todos los míos, sin lo cual proseguiré mis armameatos, sacaré probablemente muy pronto la conscripcion de 1812, y ya sabeis que no suelo dejarme batir.... ¡Acaso contais con aliados! ¿Dónde están? ¿Quizá es el Austria, á la cual hicistes la guerra en 1809, y á quien tomásteis al tiempo de la paz una provincia?.. Y al decir estas palabras miraba Napoleon fijamente al príncipe de Schwazemberg, que guardaba silencio y tenia los ojos clavados en el suelo. ¿Es la Suecia, á quien tomásteis la Finlandia?... ¿Es la Prusia, cuyos despojos aceptásteis en Tilsit despues de haber tenido alianza con ella?... Os engañais, no tendreis á nadie. Explicaos conmigo y no tornemos á empezar la guerra.... Al terminar esta entrevista, Napoleon cogió la mano del príncipe de Kourakin de la manera mas amistosa, y seguidamente despidió á aquel círculo, confundido no menos de su talento que de su imprudente osadia, y riéndose jovialmente del apuro del embajador de Rusia que, al salir de las Tullerías, se sentia sofocado y exclamaba que hacia mucho calor en

los salones del emperador. Esta conversacion recordaba las que Napoleon tuvo con lord Whitworth en visperas de la ruptura de la paz de Amiens, con Mr. de Metternich en visperas de la campaña de Wagram, y aunque no tuviese la violencia de la primera, ni la gravedad calculada de la segunda, se debia prestar á exageraciones peligrosísimas y muy embarazosas, sobre todo para el emperador Alejandro, ya muy comprometido á los ojos de su nacion bajo el aspecto de la dignidad ultrajada.

Al dia siguiente los aduladores de Napoleon, acostumbrados á celebrar las proezas de su lengua como las de su espada, no omitieron referir que habia abrumado al embajador de Rusia; y sus detractores, acostumbrados á desfigurar sus mas insignificantes actos, pusieron por su parte el esmero en divulgar que habia violado todas las conveniencias respecto del representante de una de las principales potencias de Europa. Nada parecido escribió el principe Kourakin á San Petersburgo, antes bien fué sencillo y moderado en su despacho; y el emperador Alejandro hubiera dejado pasar desapercibido este nuevo arranque de su temible aliado, si porcion de cartas, escritas á San Petersburgo, unas desde Paris, otras desde Viena y Berlin, no hubieran desfigurado extrañamente la conversacion del 13 de agosto. Retado hasta cierto punto ante su nacion y ante Europa, debia hacerse mas susceptible, esperando de consiguiente explicaciones en vez de ofrecerlas.—Bien hubiera querido, dijo á Mr. de Lauriston, no hacer caso de conversacion semejante, pero en todos los salones de San Petersburgo resuena, y esta nueva circunstancia hace todavía mas firme la resolucion de mi

nacion de defender su dignidad, su independencia hasta derramar la última gota de sangre, aun no provocando la guerra. Por lo demas, Napoleon no habla de tal modo sino cuando está resuelto á las lides; entonces no se pone freno alguno. Memoria hago de su conversacion con lord Whitworth en 1803, con Mr. de Metternich en 1809, y por lo tanto no puedo menos de ver en lo que acaba de pasar un funesto augurio respecto del mantenimiento de la paz.

De resultas de estas observaciones apareció el emperador Alejandro sumamente triste: su ministro, Mr. de Romanzoff, cuya existencia política se cifraba en la paz, apareció estarlo de igual modo; pero ambos repitieron nuevamente que no tomarian la iniciativa. Sin embargo, era evidente que no dudaban de la guerra, lo mas tarde para el año inmediato; que se habian desvanecido completamente las impresiones algo mas favorables producidas por la presencia de Mr. de Lauriston y por su lenguaje en San Petersburgo, y que se iban á emplear aun mas activamente el otoño y el invierno en ponerse en aptitud de sostener una lucha decisiva y terrible.

Tal era tambien la disposicion de Napoleon con corta diferencia, solo que, sacando de sí propio los motivos de la guerra, no habia cesado de tenerla por segura y de aprestarse á ella. De enviar acababa hácia el Elba los cuartos y sextos batallones, lo cual debia formar cinco batallones de guerra por regimiento, y como los regimientos del mariscal Davout ascendian á diez y seis, se elevaba el total á ochenta batallones de la mas hermosa infanteria. Agregando á esta suma los cazadores cor-

sos y los del Pó, y algunos destacamentos españoles y portugueses, Napoleon se proponia hacer subir á noventa batallones el cuerpo del Elba, distribuyéndolos en cinco divisiones de igual fuerza. Una excelente division polaca, otra compuesta de veteranos de las ciudades anseáticas, licenciados ahora, y otra formada de habitantes de Iliria, habian de aumentar el número de las divisiones del mariscal Davout hasta ocho. Muchos oficiales franceses, unos procedentes del servicio extranjero desde la incorporacion de su pais natal á la Francia, otros salidos de la escuela de los generales Friand, Morand y Gudin, debian contribuir á realzar el espíritu de estas tropas de origen extranjero. Napoleon se lisonjaba de que bajo la mano de hierro del mariscal Davout y cerca del foco de patriotismo y honor militar encendido en su ejército, estos españoles, portugueses, ilirios y anseáticas, llegarían á valer lo que los franceses.

Segun ya hemos dicho, Napoleon trabajaba por formar detrás del Elba su segundo ejército, llamado cuerpo del Rhin; con una docena de regimientos, que habian peleado en Essling á las órdenes de Lannes y Masena, y á los cuales queria agregar las tropas holandesas. Proponíase hacer que estos regimientos constaran de cuatro y aun cinco batallones de guerra, despues de haber renunciado á los batallones de preferencia, seguro como estaba de tener un año mas para dar cima á sus preparativos.

Aquí es la ocasion de patentizar la increíble fecundidad del talento que desplegaba en la creacion de sus recursos, fecundidad que, Nevada como todas las grandes dotes hasta el abuso, le debia ar-

rastrar á veces á creaciones artificiales, y cuya debilidad se echó harto de ver en la campaña siguiente. Se ha visto que á la conscripcion de 1811, sacada del todo, quiso añadir un suplemento considerable por el número y la calidad de los hombres, y era el que se podia proporcionar con los prófugos de los años anteriores. Once ó doce columnas movilizadas, cruzando la Francia en todas direcciones, obligaron á cincuenta ó sesenta mil de estos prófugos á someterse. Tan dura como eficaz era la providencia: sin embargo, habia que temer que solo se hubiera conseguido incorporarlos para que desertaran de nuevo, cuando supieran que sus padres estaban ya libres de los *garnisarios*. Prenderlos era poner su salud en peligro y atestar las cárceles; enviarlos á los depósitos era abrirles la puerta para que se escaparan. Napoleon tuvo el pensamiento de instruirlos en las islas adyacentes á Francia, y desde las cuales no podian apelar á la fuga. Para esto creó en dichas islas y con buenos cuadros regimientos de instruccion, cuyo efectivo era indeterminado y podia subir hasta quince mil hombres. Uno formó en la isla de Walcheren, otro en la isla de Ré, otro en Belle-Isle, y dos en el Mediterráneo, uno en Córcega y otro en la isla de Elba.

A cuanto concernia á estos regimientos dedicaba Napoleon una atencion continua. Finalmente, creyéndolos ya en sazón, trató de enviar algunos miles de hombres, sacados del regimiento de Walcheren, para completar los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout. Su proyecto, si salia bien este ensayo, era proporcionar á este mariscal fuerza suficiente para elevar cada batallon á mil hombres.

Con el fin de trasladarlos de las bocas del Escalda á las orillas del Elba, ideó Napoleon hacerles pasar por las islas que se extienden á lo largo de Holanda, ya en bateles por las aguas interiores, ya á pie por entre los matorrales de Gueldra y la Frisia, y que, cuando llegaran al continente, les escottara la caballería ligera del mariscal Davout, nada propicia á tratar con miramiento á los desertores y con la órden de hacerlos andar á sablazos.

Bien salieron las primeras expediciones. De los enviados no se perdieron por la desercion mas que una sexta parte, la cual para volver á Francia, andaba por los bosques de dia, por los caminos de noche, cruzaba los rios como podia y hallaba asilo entre los alemanes, quienes á impulsos del odio que les inspirábamos, se hacian hospitalarios con nuestros soldados desertores. Las otras cinco sextas partes ingresadas en filas, presentaban hombres robustos y de edad ya hecha, de quienes se podia esperar, tratándolos bien, excelente servicio.

El mariscal Davout, que en caso de necesidad sabia aflojar de su severidad extremada, habia ordenado que se les habituara á la disciplina con dulzura. Asi se hizo y no sin fruto. Entoncees de todas las islas del Océano fueron enviados á miles, conduciéndolos por bandas y á paso de carrera, para disminuir las deserciones. Por desgracia muchos llevaron las calenturas de Walcheren y las esparcieron en torno suyo. Pero el camino adoptado no podia convenir á todos y menos á los que pertenecian á las provincias del Este, los cuales fueron dirigidos al Rhin, desde donde se les embarcó

en bateles, que les trasladaron á Wesel sin tocar en tierra. Estos contrajeron en la travesía, y por consecuencia de la acumulacion y la inmovilidad, enfermedades muy peligrosas. Se les condujo en seguida por la Westfalia, enfermos á menudo, y siempre rebeldes al servicio militar, que empezaba para ellos bajo tales auspicios. Al principio se tuvo tiempo de uniformarlos y de instruirlos; pronto se les envió en trage de paisanos, sin instruccion alguna, contando siempre con el mariscal Davout para convertir en soldados estos hombres llevados y tratados como rebaños.

Todo su esmero dedicó el mariscal á reparar parte de estos males (1), á tratar con miramientos á los infelices que le eran enviados, á calmarlos, á proveerlos de lo necesario, á comunicarles el espíritu de sus antiguas bandas, á aprovechar hasta las inclinaciones aventureras contraídas durante su vida de prófugos para inspirarles aficion á la vida del campamento, para disponerlos, en fin, á hallar en la heroica y ruda profesion de las armas los placeres que sabian saborear él y sus soldados. Mas ¡qué corazones los que habia que domar! ¡Qué tarea la de convertir en franceses á corsos, toscanos, lombardos, ilirios, españoles, portugueses, holandeses, anséatas, y aun la de trasformar á franceses, arrebatados á sus familias en la edad mas tierna, en soldados robustos, disciplinados, exclusivamente adictos á su bandera y arrancarles de las orillas del Pó, del Arno, del Ródano, del Rhin, del

(1) Aqui hablo, no á tenor de los folletos de 1815, sino de la correspondencia administrativa de los agentes del gobierno.

Gironde, del Loira, para hacerles vivaquear, helarse, morir de hambre ó de frio á orillas del Elba, del Vistula ó del Boristenes! ¡Y qué peligro, despues de un éxito feliz de veinte años, el de fracasar por fin en el momento en que serian arrastrados á la desesperacion todos los sentimientos mas naturales, ajados sin medida!

Interin no llegaba este dia tremendo era soberbia la exterioridad de las cosas, y bajo la mano del mariscal Davout habia adquirido esta máquina belicosa un aspecto formidable. Uno tras otro le enviaba Napoleon los regimientos de caballeria para montarlos en Alemania y para instruir á los reclutas. Temiendo que agotase á Francia de caballos, pues era necesario que los suministrase en extraordinaria cantidad á los ejércitos de España, se hallaba decidido á tomar cuantos pudiera sacar del Norte del continente. Los hizo pedir para la caballeria ligera en Polonia y en Austria, para la caballeria de linea y la pesada en Wurtemberg, en Franconia y en Hanover. Donde quiera ofreció pagar al contado, y dispuso que se compraran treinta ó cuarenta mil caballos de todas armas, si era posible encontrarlos. Iguales órdenes expidió respecto de los caballos de tiro. Ademas prescribió la formacion de la caballeria en divisiones, é hizo partir á los generales con el fin de que velaran por el equipo y la instruccion de sus respectivos cuerpos.

No le ocupaba menos el material que la organizacion de las tropas. Su proyecto era, segun hemos dicho, tener en Danzick, ademas de las subsistencias para una guarnicion de veinte mil hombres durante un año, las provisiones de un ejército

de cuatrocientos á quinientos mil hombres para igual tiempo. Con objeto de conseguirlo, previno ante todo al general Rapp que estuviese á la mira del movimiento de granos en esta ciudad, que es uno de los mas vastos depósitos de cereales que se conocen en Europa, y que nunca ignorase las cantidades almacenadas, para no hacer las compras mas que en tiempo oportuno. Adoptado ya su partido, dispuso al cabo que se comenzaran las compras, que subieran hasta seiscientos ó setecientos mil quintales de trigo, hasta muchos millones de fanegas de avena y hasta el acaparamiento de todos los forrages existentes. Tres cajas, la primera en Danzick, la segunda en Magdeburgo, la tercera en Maguncia, conocidas solo por él, para que no se contrajese el hábito de contar con ellas, debian suministrar los fondos necesarios para las compras.

No bastaba tener estas grandes porciones de viveres sin proporcionarse los medios de llevarlas consigo. Como se ha visto, Napoleon habia prescripto la reorganizacion de cierto número de batallones de parque, que podian enganchar y conducir mil quinientos carros de galleta. Pensando de continuo en el objeto que le ocupaba, y hallando combinaciones nuevas á cada paso, desde el año precedente habia inventado medios de transporte, aun mas poderosos é ingeniosos que los que le ocurrieron al principio. Para llevar el pan cotidiano detrás de los cuerpos era bueno el cajon ordinario tirado por cuatro caballos y conducido por dos hombres. Asi un cajon podia asegurar el sustento de un batallon durante un dia, y otra cosa necesitaba Napoleon al pretender que le siguieran viveres para todo el ejército durante cincuenta dias ó

dos meses. De resultas concibió el pensamiento de grandes carretas, tiradas por ocho caballos, conducidas por cuatro y aun por tres hombres, y capaces de recibir una carga diez veces mayor que el cajon ordinario. De esta suerte decuplicaba el resultado, doblando apenas el gasto de conduccion y de acarreo. Sin embargo, despues de nuevas reflexiones, y pareciéndole muy pesadas tales carretas para los lodazales de Polonia y de Lithuania, se atuvo Napoleon á un carro, tirado por cuatro caballos y guiado por dos hombres, lo cual mantenía la organizacion ordinaria del parque, y debía trasportar lo que cuatro cajones ordinarios, ó lo que tres si se quería evitar la exposicion de que la carga fuera pesada en demasia. Al punto hizo construir carros según este modelo en Francia, en Italia, en Alemania, y en cuantas partes residian los depósitos del parque, á fin de que los cuerpos tuviesen á la vez los cajones antiguos para trasportar el pan cotidiano, y los carros nuevos para trasportar las provisiones de uno ó dos meses. Poniendo, por decirlo así la mente en tortura, con el objeto de precaver todos los casos posibles, quiso añadir á su material carros de violin y carros de bueyes. Sabido es que los carros de violin son ligeros y ruedan fácilmente, tirados por un solo caballo acostumbrado á seguir al que le precede, de modo que un solo hombre puede dirigir muchos. Lentos son los carros de bueyes, pero el animal que los arrastra, tenaz y vigoroso, los arranca de los lodazales mas profundos, y atado durante los instantes de descanso á una rueda, paciendo el musgo que está bajo sus patas, no dá nada que hacer despues de haber servido utilísimamente todo el dia; y hasta

puede servir de alimento mucho mejor que el caballo, propio para la manutencion no mas que en las últimas extremidades. Por estas razones decidióse Napoleon á añadir á los ocho batallones de parque, destinados al ejército de Rusia, cuatro batallones para los carros de violin y cinco para los de bueyes, determinando él mismo el método de organizacion que permitia á estos carreteros convertirse de pronto en soldados para defender el convoy dirigido por ellos. La organizacion de los unos se debía hacer en el Franco Condado, la de los otros en Lombardia, en Alemania y en Polonia. Así se podia lisonjear de reunir el pan y la carne en los mismos convoyes.

Napoleon calculaba que estos diez y siete batallones, dirigiendo de cinco á seis mil carros, le asegurarían víveres para doscientos mil hombres por dos meses ó para trescientos mil por cuarenta dias. Este resultado le bastaba, pues se proponía embarcar en Danzick sus provisiones por el Vistula, y llevarlas por este rio al Frische-Haff, del Frische-Haff al Pregel, y del Pregel al Niemen por canales interiores. Hasta habia enviado algunos oficiales de su marina para estudiar el plan de esta navegacion á las calladas. Ya junto al Niemen con quinientos ó seiscientos mil hombres, se internaría en Rusia con trescientos mil á lo sumo, y teniendo entonces, según el cálculo precedente víveres para cuarenta dias en los carros, esperaba tener medios de subsistir con lo que hallara sobre el terreno, pues, á pesar de los planes de destruccion de los rusos, podía acontecer que les faltara espacio para acabar con todo. Destruir es abominable tarea, pero tarea que exige tiempo como cualquiera otra, y hasta el ejem-

plo de Portugal demostraba que podia carecer de este tiempo el enemigo mas determinado á no conservar nada: Sobre estas razones y estos inmensos preparativos fundaba Napoleon su esperanza de vivir en las vastas llanuras del Norte, que pensaba encontrar alternativamente desiertas ó taladas.

Pero estos cinco ó seis mil carros suponian por sí solo ocho ó diez mil hombres para conducirlos, diez y ocho ó veinte mil caballos ó bueyes para arrastrarlos, y si se añaden treinta mil caballos de artilleria, y probablemente ochenta mil de los ginetes, se puede formar idea de los obstáculos que era menester superar en materia de provisiones, pues estos animales, destinados á hacer vivir á las tropas, tambien necesitaban que se cuidase de mantenerlos. A esta necesidad esperaba atender Napoleon, no comenzando las operaciones ofensivas hasta que brotase la yerba en los campos.

Sabiendo que el soldado prefiere en mucho el pan á la galleta, y habiendo reconocido que para proporcionarse pan la dificultad no está en cocerlo, sino en convertir el grano en harina, mandé que se moliera en Danzick la mayor cantidad de granos, que se guardara la harina que resultase en barriles adaptados á los nuevos carros, y que en todas partes se alistaran albañiles por dinero, para construir hornos en cualquiera de los lugares donde se hiciese alto. Estos albañiles debian ser incorporados á las tropas de operarios de todas las profesiones que trataba de llevar consigo, como tahoneros, carpinteros, herreros, pontoneros, etc.

Por último los trenes de puente, objeto no menos grave de sus atenciones, recibieron nuevos perfeccionamientos en este segundo año de sus pre-

parativos. Habia ordenado la construccion de dos trenes en Danzick de cien barcas cada uno, capaces de servir para echar dos puentes sobre los rios mas anchos y llevados segun costumbre en carromatos. Como rara vez falta madera, sobre todo en la region donde iban á tener lugar las hostilidades, y como los herrages y las cuerdas constituyen la única parte difícil de juntar, Napoleon mandó reunir cables, anclas, ganchos y ensambles de toda clase para otro nuevo tren de puente, prescindiendo no mas que de las maderas, pues aguardaba hallarlas sobre el terreno. Queriendo asimismo tener puentes fijos, hizo preparar en Danzick cabezas de estacas de hierro, herrages para unir estas estacas, mazas para sumergirlas, de modo que los pontoneros estuvieran provistos de cuanto necesitasen para echar, ademas de los puentes de barcas, puentes sobre caballetes ó sobre estacas. Todo este material debia seguir al ejército en numerosos carros. El general Eblé, que casi sin recursos habia ejecutado á orillas del Tajo tantas maravillas de esta especie, fué colocado al frente del cuerpo de pontoneros. Dos mil caballos fueron destinados á este nuevo parque. *Con tales medios, escribia Napoleon, devoraremos todos los obstáculos* (1).

Aunque Napoleon hubiese confiado al mariscal Davout la organizacion de la mayor parte del ejér-

(1) No necesito repetir que doy estos pormenores, vagamente conocidos hasta ahora nunca enumerados con la puntualidad y la exactitud necesarias, á tenor de la correspondencia de Napoleon, admirable para esta clase de prevision sobre todo, á tenor de las del mariscal Davout, del general Rapp, del ministro de la administracion de guerra, de los gefes de los pontoneros y de la artilleria.

cito, porque le consideraba como un organizador consumado, un administrador probo y severo, no le destinaba todo el mando, que naturalmente reservaba para sí solo. Pero queria que, en caso de repentinas hostilidades, hubiese junto al Elba y el Oder y bajo una sola mano un ejército de ciento cincuenta mil franceses y de cincuenta mil polacos, pronto á dirigirse al Vistula á paso de carrera. Mas tarde, cuando hubieran comenzado las operaciones, se proponia destacar de él una porcion que, unida al cuerpo del Rhin, se repartiera entre los mariscales Oudinot y Ney. El mariscal Oudinot debia reunir en Munster los regimientoe acantonados en Holanda, el mariscal Ney en Maguncia los que estaban acantonados junto al Rhin. A uno y otro habia prevenido que se unieran inmediatamente á sus cuerpos, y que empezaran la organizacion de su infanteria y su artilleria. En cuanto á la caballeria cada cual la recibiria por su parte al entrar en Alemania, donde ya habian sido enviadas á fin de montarse todas las tropas de á caballo. Independientemente de estas fuerzas, ya tan considerables, debian estar repartidos entre los diferentes cuerpos de nuestro ejército cien mil aliados de todas las naciones. Orden tenian de ir á establecerse en los puntos de reunion los generales franceses destinados á mandar estas tropas aliadas.

Napoleon mandó al príncipe Eugenio que estuviera pronto á fines del próximo invierno para pasar los Alpes con el ejército de Italia. Segun se ha visto, gracias á la confianza que á la sazón le inspiraba el Austria, habia reunido en Lombardia casi la totalidad de los ejércitos de Iliria y de Nápoles. De cada uno de los regimientos, de cinco

batallones todos, habia elegido tres batallones preferentes para llevarlos á Rusia. Se proponia formar con ellos un ejército de cuarenta mil franceses, reforzado con veinte mil italianos, que á las órdenes del príncipe Eugenio cruzara los Alpes en marzo. Los cuartos y quintos batallones retenidos en los depósitos, con muchos regimientos enteros y el ejército de Murat, estaban encargados de guardar la Italia contra los ingleses y contra los descontentos. Los quintos de 1811 y los prófugos de la isla de Elba, sometidos á una ruda disciplina, debian completar sucesivamente durante el invierno los cuartos y quintos batallones, mermados para llenar el contingente de los tres primeros. Ademas Napoleon habia tomado de las tropas de Iliria y de Italia diez á doce regimientos enteros para crear un ejército de reserva, que debia dirigirse á España á reemplazar á la guardia imperial y á los polacos, cuya marcha á Rusia estaba resuelta. Asi, aun preparándose Napoleon á descargar un golpe terrible en el Norte, no renunciaba á descargar otro en el Mediodia, yendo en pos de todos los objetos á la vez segun su costumbre. Un año antes hubiérase hallado establecido este ejército de reserva en España mejor que en parte alguna, pues allí era el teatro de los sucesos decisivos; por el contrario, ahora siendo la cuestion trasladada al Norte, allí se necesitaba que refluyesen todas las fuerzas, reduciéndose en España á una defensiva enérgica junto á los limites de Castilla la Vieja y de Andalucía. Pero Napoleon en su ardimiento, tomando por efectivo cuanto concebía su imaginacion vasta, creia poder vibrar el rayo en Cádiz y en Moscou al propio tiempo.